

Un autor que piensa en voz alta

Juan Antonio Madrazo Luna

Coordinador Nacional del *Comité Ciudadanos por la Integración Racial* (CIR)

La Habana, Cuba

El teatro en la Cuba contemporánea se consolida como espacio de debate. Un espacio en el cual se negocian las identidades, la política de la diferencia y la memoria. Hay una zona del teatro cubano que goza de muy buena salud y en la cual se destacan veteranos dramaturgos como Abelardo Estorino, Eugenio Hernández Espinosa y Gerardo Fulleda León, así como la joven vanguardia de los notables Carlos Díaz, Abel González Melo, Norge Espinosa, Alberto Curbelo... Cada uno penetra en esa política de la memoria para hacer justicia a los marginados de siempre: mujeres, negros, homosexuales y discapacitados. Cada uno piensa la escena en voz alta

Dentro del arte escénico cubano se destaca en primera persona la obra de Eugenio Hernández Espinosa (Cuba, 1936), al igual que la de sus colegas afrodescendientes Gerardo Fulleda León y Tomás González ya fallecido. Hernández Espinosa es uno de los dramaturgos más importante no solo de Cuba, sino también del Caribe. Por su inquietud identitaria e indagación del sujeto negro, su obra está en sintonía con Aimé Cesaire (Martinica) y el Premio Nobel Derek Walcott (Santa Lucia).

Su teatro es de ideas, amplificado en la escena. La temática racial es una de sus obsesiones, como lo es de su colega Fulleda León, aunque este último diga que nunca ha nego-

ciado con la piel y su teatro se siente más cerca del español de Abilio Estévez, Héctor Quintero y Abel González Melo, todos blancos.

Eugenio es un hombre que no ha dejado de gritar y amplificar sus ideas. Toda su obra es un espacio de resistencia, de empoderamiento y cimarronaje. Es un caballero de la escena que continúa apostando por la emancipación real del sujeto negro. Le duelen muchísimo los tatuajes que lleva su Isla en la Piel. Tanto el racismo, el machismo como la homofobia son tatuajes permanentes en la identidad corporal de la nación cubana.

Su obra es un punto de partida para entender los vasos comunicantes entre raza y nación. La otredad como poética es su principal herramienta. Es hombre de una sola pieza, que ha asumido con conciencia y honestidad el discurso de los marginados. Para Hernández Espinosa, la defensa de este discurso se ha convertido en un destino.

Desenmascara verdades, propone una mirada aguda a zonas poco exploradas de nuestra realidad. Sacudir los espacios oficiales en algún momento le ha dejado algunos rasponazos, que han demorado en sanar. Tomás, Gerardo y Eugenio fueron víctimas, junto a otros, de la parametración diseñada por la ortodoxa política revolucionaria anti intelectual. Enfrentaron mayores problemas que sus colegas blancos; navegaron por aguas turbu-



Eugenio Hernández Espinosa (Izquierda) y
Gerardo Fulleda León

lentas y sintieron los manotazos de la marginación. Hoy continúan con las alarmas activadas, restaurando desgarraduras, alumbrando cenizas y repasando asignaturas pendientes.

Cuba y el sujeto negro siempre están presentes. Sus historias otorgan dignidad y humanidad al mundo de los marginados. Mujeres, negros, homosexuales y blancos pobres son los protagonistas de sus obras. Hombres lastrados por la humillación, limitaciones y prejuicios, pero animados por una fuerte voluntad de lucha en la cual nunca alcanzan la victoria.

Hernández Espinosa se considera un activista por la integración. Al igual que el dramaturgo Alberto Pedro Torriente (La Habana 1954-2005), Ernesto tiene obra marcadamente política, pues el racismo es un conflicto político. Mirar hacia adentro ha sido su divisa, como de cada uno de los dramaturgos de origen afro. Mirar hacia adentro para inventar un teatro necesario. Un teatro necesario para exorcizar la nación y cruzar los límites del silencio al grito sin hacer concesiones.

Las trampas del pasado están al alcance de nuestras manos, pero los llamados raros

también son protagonistas de sus historias. Sus personajes sienten que, tras la caída de todas las utopías revolucionarias, no tienen muchas alternativas. Cada una de sus palabras celebra la otredad y la diferencia. Ha puesto en serio el mundo de los marginados. La singular María Antonia, Calixta Comité, La Simona, Lagarto Pisa Bonito, Emelina Cundeamor, Tibor Galarraga, la emigrante Niurka en *Chita no come maní* y Suchel son algunos de los célebres personajes que cobran vida en la escena, pero que podemos encontrar hoy en cualquier rincón de la Isla, en el solar, la ciudadela o los asentamientos que se diseminan por los cinturones de miseria.

Al igual que estos personajes, muchos negros sienten que continúan anclados en la cuñeta de la sociedad. Consideran que lo difícil no es ser hombre; lo difícil es ser negro. Los textos de Hernández Espinosa nos recuerdan que *black is beautiful*, aunque la saliva del látigo nos siga marcando. Tampoco pasa por alto el universo religioso de origen africano, silenciado y condenado a la subestimación durante mucho tiempo.

Si se quiere entender el tejido de las hebras de la cultura cubana, hay que contar con la obra de Eugenio Hernández Espinosa. Un hombre que continúa rastreando vidas ajenas con envidiable olfato, para encontrar argumentos sólidos y expresivos. Su obra tiene vocación coral, seduce y nos da la libertad de las mareas de poder interrogarla. Sacude y pone al desnudo fenómenos que continúan anclados en nuestra intimidad. Tiene la autonomía de alertarnos y no dejarnos confundir por la demagogia del poder.

Tal como Masiguere, el personaje loco de *María Antonia*, Eugenio anda pidiendo mucha luz para tanta oscuridad. Este titán de la escena ha dejado en cada obra que sube a escena alma, corazón y riñones.